

# Las aves de Caritina

ÁNGEL URBINA HERNÁNDEZ

Para: Jennifer P. M.

60  
universo de el búh

Por inercia, con los parpados aún cerrados, Caritina despertó, deseando que la noche no termine; mas, por el derruido cortinaje ya se traspasaban algunos rayos del sol, el movimiento en la gran casa se hacía presente y por los microscópicos orificios de la ventana se dejaba oír todo un enjambre de sonidos. Como una canción en melodía y al unísono, se mezclaban silbidos con chillidos, píos y golpecillos, de una gran variedad de espe-



Abel Vázquez

cies; sin duda, la hora de levantarse había llegado, el suplicio matinal comenzaba.

Los canarios y el petirrojo casi libres, volando entre un fino enrejado que cubría árboles y techo por igual, los colibríes de viaje en viaje por el jardín, los canoros en busca de algún insecto que no había; el mergo, el piñonero y el alcaudón, todos con su singular pico desfilando por los ramajes que aún quedaban libres, el vencejo y la golondrina, casi idénticos, anidando en las trabes y salientes, pinzones, grajas, carrucas y calandrias formando un ambiente irrepetible. Y a lo lejos, en grandes y brillantes jaulas de mimbre y de metal, engrasando sus plumas como si fuesen a partir, se esconden sin querer el buitre y el halcón, el águila y el gavilán, alejados de los pomposos pavorreales y del enorme avestruz, todo cómodamente planeado.

Rechinó la puerta, al escuchar todos los ejemplares voltearon atraídos; un silencio se adueñó del lugar, y del umbral entró una hermosa jovencita, vestida de blanco y de cabello atado con cintas, después del silencio, cuando la joven comenzó a caminar con sus llamativos contoneos, el ambiente se lleno de sinuosos silbidos, como si le cantaran a la dama, como si le dieran los buenos días.

Por la barda de piedra se asomaba un muchacho, el joven enamorado que asistía al espectáculo cada mañana, imaginando la belleza de su amada, ¿la misma por la que se agitaban las aves? No le quedaba más que imaginar pues la distancia desde su sitio hasta la gran jaula era enorme y sus miopes ojos ya no distinguían el rostro de la joven, pero aún así se emocionaba bastante.

Caritina, casi segura de no ser vista, sollozaba como siempre, sentada sobre una caja de madera, se limpiaba las lágrimas, sacaba canastillas de la caja y recordaba que el canto de las aves no era por su belleza, tampoco era por los buenos días. Sólo era un chillido de molestia, pues tenían hambre. 🐦